

Violencia de género en las iglesias

MIREYA BALTODANO*

Se hace difícil comprender por qué en las iglesias, fundamentadas en el mensaje salvífico de gracia y redención, sobreviven actitudes y estructuras que contradicen el legado de Jesús. Una de esas contradicciones es la desigualdad entre géneros dentro del ámbito eclesial. Las desigualdades de género -no las diferencias de género- pueden alcanzar matices de violencia, en actos de agresión contra las mujeres o en manifestaciones misóginas. Aunque en muchas iglesias todavía existe la violencia grosera hacia las mujeres, en todas persiste la violencia sutil producto de la misoginia, es decir, la desvalorización de las mujeres como sujetos y como miembros eclesiales proactivas.

El análisis de la misoginia dentro del contexto eclesial obliga a ver a las iglesias como instituciones sociales. Se trata de instituciones

* La magister Mireya Baltodano es profesora en la UBL.

con objetivos humanos cimentados en la fe y la espiritualidad. Los elementos religiosos propios de las iglesias las convierten en instituciones más complejas, pues las creencias traspasan la subjetividad individual y colectiva que se da en todas las instituciones. Estos cambios culturales remueven las bases de las identidades de género y los principios estructurales de la institución eclesial. Los caminos no son fáciles pero pueden ser prósperos para las iglesias que se dejan apelar por temas emergentes como el género. Las vicisitudes de esos caminos institucionales son las que deseamos recorrer a través de la psicología de las instituciones.

1. LA IGLESIA COMO INSTITUCIÓN

La Iglesia, como institución, juega un papel importante en la vida de las personas que se congregan. Al colectivo de creyentes se trasladan partes de la psique personal de cada miembro, para generar la cohesión grupal. Es un pacto grupal, muchas veces inconsciente, que gratifica a las personas de la congregación en sus necesidades vitales y trascendentes. En la iglesia, como institución, se genera así un espacio intersubjetivo en el que confluyen los deseos e ideales individuales, como expresiones de su espiritualidad y sociabilidad. Es un espacio placentero para el espíritu y el cuerpo. Cada miembro atribuye a la iglesia significaciones nacidas de su propia individualidad, de tal manera que crea dentro de sí a “su iglesia”, así como cada miembro de familia tiene “su familia”, elaborada por su propia subjetividad. Se da por lo tanto, un imaginario colectivo de iglesia paralelo a un imaginario personal de iglesia.

La iglesia como institución cumple funciones psíquicas para sus fieles, al influir en sus identidades por ese proceso de identificación que éstos desarrollan hacia ella. Estas identificaciones se producen en los niveles concreto y simbólico. El sentido de pertenencia hacia una iglesia en particular se da por la convergencia bíblico-teológica y cultural, pero también por procesos inscritos en el campo de lo

psíquico. Por medio de la socialización congregacional, las personas miembros reciben en el seno de la iglesia referencias constantes de sí mismas, en una cadena de interrelaciones que crea un imaginario social y da consistencia al grupo.

Al mismo tiempo, la iglesia, como toda institución social, tiende a reducir lo heterogéneo para aventajar lo homogéneo, alrededor de principios éticos y religiosos comunes. Hay una tendencia institucional a evitar la disonancia y a promover la indiferenciación de sus miembros. La cohesión se logra mantener cuando sus miembros renuncian a partes de su individualidad por una causa común. En las iglesias, las individualidades se posponen más fácilmente por razón de la fe, la autoridad bíblica, el concepto de lo sagrado, la ética, lo doctrinal y la utopía cristiana.

Las fuerzas emanadas de lo personal y de lo colectivo son la base institucional para desarrollar la misión evangelizadora de la Iglesia. Sin embargo, la Iglesia como institución no es estática. En tanto institución social fundante con un rol histórico, la Iglesia evoluciona al ritmo de la cultura, pues como construcción humana es parte de la cadena institucional que organiza a las sociedades. Las iglesias locales son permeadas y desafiadas por la cultura y subculturas circundantes. La cultura va recreando sus imaginarios en torno a aspectos vitales del ser humano y las iglesias; como agentes intermediarios de la cultura, aportan e incorporan estos imaginarios en su práctica religiosa y ética. Es un proceso que idealmente debe darse en espiral, cuando las instituciones no se rigidizan.

2. LA DEMOCRACIA DE GÉNERO EN LA VIDA INSTITUCIONAL

Una revisión del imaginario cultural, todavía reciente y creciente, son los postulados de la teoría de género. Cuando la teoría de género

afirma que el desarrollo humano debe estar sustentado en la democracia de género, está tocando todas las instituciones sociales. Sus propuestas sobre la reconstrucción de las identidades de género, la redistribución del poder, la reformulación del cuerpo y la sexualidad y la reorganización de los roles en el espacio y el tiempo son absolutamente revolucionarias para la subjetividad y la institucionalidad. No hay piedra que no deba ser removida para una resurrección estructural. A nivel institucional genera cambios en lo ideológico, lo simbólico y lo estructural. En la esfera eclesial, en particular, los postulados de género desafían lo bíblico, lo teológico, lo pastoral, lo litúrgico y lo organizacional. La democracia de género aparece como un emergente institucional, es decir como instituyente.

Un rasgo importante en las instituciones es la oposición y articulación entre lo instituyente y lo instituido. Lo instituido es lo anterior, lo que ha prevalecido y busca perpetuarse. Lo instituyente, por el contrario, busca replantar a la institución, la cual concibe como sistema abierto a las necesidades vitales, individuales y de grupo. En el análisis de las instituciones con perspectiva de género, aparecen contradicciones ideológicas y organizativas. La equidad de género, como instituyente, visibiliza lo oculto en las relaciones, renueva el lenguaje y los símbolos, promueve la planificación compartida y niveles de participación más simétricos.

En el péndulo de los cambios culturales, la Iglesia se asoma con asombro ante el desafío que esta teoría le hace. Son algunas mujeres, en las iglesias y otras instituciones, las que han tomado el liderazgo en la construcción de la democracia genérica, pero su evolución se ve opacada por la lenta incorporación de los hombres en el proceso. Esta resistencia representa la tendencia de lo instituido en las iglesias. Las resistencias aparecen tanto a nivel personal como institucional. Estas resistencias, como defensa frente a lo diferente, se manifiestan en las iglesias como indiferencia, fundamentada en la creencia de que los hombres no tienen problemas ni necesitan cambiar; con evitación y ausencia de visión crítica al patriarcado, al considerar

que el género es un “asunto de mujeres”; con apoyo condescendiente en cambios superficiales, cooptando las nuevas ideas; o con temor, cuando se tocan los poderes institucionales. Estas resistencias son recubiertas por un pensamiento bíblico-teológico enmarcado en la ideología patriarcal.

3. LA IGLESIA, ENTRE LA SUBJETIVIDAD Y LA CULTURA

Las instituciones son formaciones de la sociedad y de la cultura, instituidas por la ley y la costumbre, que regulan las relaciones y que buscan perpetuarse. La Iglesia es una institución que abarca diversas actividades, promueve valores y establece regulaciones éticas. Muchas veces juega un papel reproductor de lo cultural, haciendo alianza con los poderes de control. Bien podría ser mediatizadora, asumiendo un rol integrador entre las demandas sociales y el mensaje salvífico y profético. El no cumplimiento de su rol mediatizador puede llevar a la Iglesia a la violencia por abuso de poder, por encima de las demandas humanas de sus integrantes. La violencia eclesial puede darse a través del control de la subjetividad de sus miembros.

La subjetividad es la apropiación individual que hacemos de la cultura, cuando entramos en interrelación con ésta en el proceso de crecimiento humano. Esa apropiación se da en interacción con la cultura, por medio de sus instituciones, y como un proceso de intersubjetividad, es decir, en la relación con los y las otros sujetos de la cultura. En el cuerpo se sincretizan lo subjetivo y lo cultural; a través del cuerpo reproducimos lo subjetivado, expresado en actividades y roles. Si bien lo subjetivo tiene una base corporal, es también un proceso psíquico, de formación de conceptos y símbolos referentes a la cultura, que se traducen en actitudes y creencias. La estructuración social por géneros es parte de esa cultura que es subjetivada.

En el proceso de subjetivización, las instituciones juegan roles mediatizadores importantes. Tal es el caso de la familia, la escuela y la iglesia, por ser instituciones muy cercanas al proceso de crecimiento humano. La Iglesia, a través de la interpretación bíblica y el discurso teológico, provee esquemas mentales que son subjetivados por la fe y el acogimiento de la doctrina. A su vez, la Iglesia es permeada por los valores culturales. La Iglesia, entonces, se ubica en una posición intermediaria entre cultura y subjetividad, que bien podría ser una posición privilegiada para el bien común, como proyección pastoral. No obstante, a lo largo de la historia, la Iglesia en mucho se ha acomodado a lo imaginario cultural, y en específico a la sociedad estructurada por géneros, o ha llegado tarde a los cambios sociales que buscan la justicia.

La Iglesia, con la complicidad de hombres y mujeres, no ha podido asumir su rol intermediador frente a la violencia de género arraigada en la cultura. Una premisa eclesial durante siglos ha sido considerar ley natural y divina a “lo femenino” y “lo masculino” creado culturalmente, a pesar del revolucionario mensaje de Jesús y de su práctica liberadora. La normatividad impuesta como si fuera algo natural es una forma de violencia simbólica, según Pierre Bourdieu.¹ Además de la violencia simbólica, la Iglesia ha escrito páginas violentas en su historia, como el sexocidio de la época de la Inquisición (la protestante, no la católica), cuando murieron en la hoguera ocho millones de mujeres acusadas de brujas, por su práctica médica alternativa.

La disyuntiva se presenta para las iglesias entre asumir su rol profético y abrir espacio a las nuevas significaciones del imaginario social, o perpetuar los esquemas míticos existentes. Lo imaginario social no es inmutable, sino que mueve la historia, se actualizan. Sin embargo, lo imaginario social puede ser tanto fuente renovadora como medio de alienación, según la posición que tomen las iglesias. La alienación institucional se produce cuando lo instituido domina a lo instituyente, es decir a los nuevos imaginarios, entre ellos el de la

equidad de género. Por el contrario, las iglesias tienen la opción de ser gestoras de nuevas significaciones en las identidades y en las relaciones de género. Las pistas ya le han sido dadas. Su fuente bíblica ha sido descubierta después de siglos de adormecimiento patriarcal. He ahí la disyuntiva y las opciones para las iglesias.

4. EL SUFRIMIENTO DE LA IGLESIA FRENTE AL DESAFÍO DEL GÉNERO

La revisión o ajuste de elementos subjetivos en una institución son siempre generadores de conflicto. El conflicto es una coyuntura institucional para el crecimiento, el estancamiento o la ruptura. En los procesos institucionales, tales crisis pueden preliminarmente sentirse como amenazantes, desintegradoras y catastróficas. Pero vistas como producto de emergentes sociales que buscan la reorientación hacia fines éticos comunes, las crisis o los conflictos son conductores de gracia salvífica en los contextos eclesiales. No obstante, el horizonte salvífico puede estar nublado por otras afluencias subjetivas como el temor, la duda y la defensa. Tales afluencias se manifiestan a nivel institucional como luchas ideológicas (bíblico-teológicas) y de poder (jerárquicas).

La psicología institucional permite ver más a fondo la resistencia a los cambios institucionales generados por las propuestas de la teoría de género. Los cambios generan una especie de desconcierto institucional que se traduce en angustia colectiva, tanto para los proponentes de los cambios como los resistentes a ellos. El sufrimiento institucional producido por los emergentes se alimenta del desgarramiento interno que las personas pueden sentir cuando su misma identidad está siendo desafiada y ciertas partes del ser empiezan a ser extrañas a las personas mismas. La institución en sí no sufre, sino que las personas sufren en su relación con la institución.

Sin embargo, hay un sufrimiento institucional, sentido por la colectividad, ante el temor de la desintegración. Las iglesias, como cualquier institución, tienden a perpetuarse, a estabilizar los procesos de intercambio social y los movimientos internos que se producen en el grupo congregacional. Dentro de ellas actúan distintas fuerzas grupales: aquellas que trabajan para la unificación por medio de un ideal; las que contribuyen a mantener la diferenciación entre sus miembros, integrando elementos y aportes distintos; las que más bien pugnan por lo indiferenciado entre los miembros para reducir las tensiones; y las fuerzas que actúan más narcisistamente, promoviendo la destrucción o el ataque.

Estas dos últimas fuerzas se orientan por lo instituido. La doctrina y las normativas internas regulan o previenen la irrupción de nuevos imaginarios sociales. Lo instituido tiene connotaciones de sagrado, más aún en la institución eclesial, donde las significaciones sociales asumidas como “palabra de Dios” adquieren una autoridad que trasciende la capacidad propositiva humana. Lo que se reviste como sagrado tiene origen divino y por lo tanto queda legitimado y asegurada su permanencia.

Las fuerzas de lo instituido entran más fácilmente en acción en tiempos de crisis. Cuando aparecen los emergentes y las resignificaciones del imaginario, las personas miembros de la congregación sienten que su lugar y significado en el grupo no se mantienen y la agrupación teme que el orden común sobre el cual fue fundada la institución se rompa y deje de existir. Hay un sentimiento de peligro colectivo y personal, pues reformar el imaginario con nuevos significados implica destruir para refundar. En ese proceso, los nuevos significantes no están todavía interiorizados ni por las personas ni por la agrupación, de manera que la relación persona-institución queda con vacíos y confusión temporal. En esa etapa caótica entran en acción las fuerzas al interior del grupo, algunas pugnando por lo instituyente y otras impugnando el cambio y colocándose en una posición institucionalista.

5. LA RESISTENCIA FRENTE A LA EQUIDAD DE GÉNERO

Las propuestas instituyentes aparecen cuando personas de la agrupación han detectado contradicciones en los valores fundantes de la institución, de manera que ya no logran identificarse con los principios comunes ni algunas formas de relacionamiento. Aunque el trabajo colectivo de toda institución sería el de repensar y actualizar sus objetivos fundantes, se da también la tendencia a mantener las identificaciones comunes originales. Este es el juego entre las tendencias instituyentes e institucionalistas. Descubrir contradicciones conlleva sufrimiento a las personas y a las instituciones, porque tanto los y las proponentes de cambio como los y las estabilizadores de la tradición pueden ver en la postura de los otros y las otras el camino al fracaso de los ideales, la destrucción de la institución, o la traición o abandono de ésta.

Las iglesias con tendencia a lo institucional son aquellas que se rigidizan en su pensamiento y organización, hasta convertirse en violencia que paraliza la capacidad de repensar o reconstruir la institución. La rigidez se acrecienta con la angustia que genera lo nuevo, sentido como amenaza de desintegración de la institución. Esta rigidez también se refuerza con la predominancia en el grupo de los criterios de las personas mayores, generalmente vistas como padres fundadores, que tienden a trascender sus ideales y acciones en las generaciones más jóvenes. Esta tendencia institucional es claramente patriarcal. Una muestra de esa actitud la revela el caso de una iglesia que tiene como norma la presencia de un “anciano” en las reuniones de los jóvenes y de las mujeres, para velar que las normas doctrinales y organizativas sean cumplidas.

Cuando ocurren movimientos de redefinición al interior de las iglesias, una de las primeras actitudes institucionalistas que surge es la negación; una negación colectiva, pactada inconscientemente en-

tre quienes resisten a lo instituyente. Es un negar la realidad mediante un pacto colectivo y silencioso. Es renunciar a lo diferente y desafiante, dejando de lado lo evidente, no representándolo en el discurso, generalmente fundamentado en mitos, aunque los rumores de pasillo evidencien lo no dicho. Es un pacto sin acuerdos explícitos, que busca la concordia para evitar la división, aún a costa de que tal negación violente los principios bíblico-teológicos y la dignidad de las personas.

Este tipo de negación se puede ejemplificar con la negatividad hacia la participación de las mujeres en el pastorado en algunas iglesias. Se hace una negación de que uno de los obstáculos para que la mujer ejerza el liderazgo eclesial es su cuerpo sexuado, que en términos patriarcales sería su cuerpo erotizado. Es eliminar lo que podría ser “piedra de tropiezo”, sin tomar en cuenta que el problema no es la piedra, sino que se tropiezan en ella. La curvatura corporal podría generar ideas eróticas y alejar los sentimientos espirituales de los feligreses. Su cuerpo de mujer dista mucho de ser sagrado y obstaculiza la sacralización de su ministerio. Hay iglesias que argumentan que no es conveniente que las mujeres solteras sean pastoras, porque su cuerpo sin dueño puede ser más conducente al pecado. Otras iglesias tienen problemas con las pastoras casadas, porque su eventual embarazo les recuerda su sexualidad. Otras impiden a las mujeres su participación ministerial cuando están menstruando. La negatividad consciente y expresada hacia la ordenación de las mujeres contiene una negación inconsciente y no expresada basada en el mito de la Eva provocadora. Es una defensa inconsciente frente al liderazgo emergente de la mujer en las iglesias.

Otra forma de negación es mantener fuera del discurso y de la práctica eclesial lo que se ve como negativo para la congregación. Es una forma de renegación. Un ejemplo claro de esta negación es la creencia mítica de que entre las parejas cristianas no existe la violencia intra-familiar. Es un secreto que las huellas de los golpes no logran acallar. Pero hacer explícito esa situación sería negativo para la institución. Reconocer la responsabilidad pastoral en estos

casos de violencia, obligaría también a replantear las relaciones de género. En cierta iglesia protestante la hija del pastor era golpeada por su esposo. El padre negaba que tal cosa pudiera estar ocurriendo, porque el reconocimiento lo empujaría a replantear su propia relación de pareja y su pastorado. No fue sino hasta que la hija llegó ensangrentada a la casa de su padre, y éste tuvo que defenderla de un marido violento que la perseguía, que se planteó el problema como una situación comunitaria y eclesial. Al acabar la negación pactada inconscientemente entre el pastor y otros hombres de la iglesia, empezaron a surgir los numerosos casos de violencia doméstica existentes en la congregación. La iglesia finalmente se convirtió en un santuario para mujeres maltratadas, como vocación pastoral y replanteamiento del imaginario familiar.

Una forma de respuesta a la rigidez frente a los cambios es la pérdida de la ilusión institucional, cuando ésta priva a sus miembros de una satisfacción de las necesidades proyectadas en la institución y debilita su sentimiento de pertenencia. La desilusión empuja a la deserción. Cuando la constante movilidad de miembros en una iglesia está marcada por una tendencia a alejar a lo diferente o lo instituyente, estamos frente a una comunidad excluyente que promueve lo instituido. Se trata de un proceso de involución institucional, acompañado de un ambiente hostil y con estrategia de dominio de lo patriarcal y jerárquico. Tales posiciones de defensa y protección de lo instituido ocurren no sólo en las iglesias, sino en las congregaciones religiosas y en las escuelas de formación teológica. En la actitud defensiva prevalece el control, la trivialización de los emergentes, deformándolos y cooptándolos, para evitar una transformación real del pensamiento.

6. LAS IGLESIAS INSTITUYENTES

Un proceso de cambio sano implica que los y las miembros de una congregación se distribuyan el placer que les depara la

comunalidad, renunciando a ciertos impulsos narcisistas en aras del bien de la comunidad y el crecimiento mutuo, buscando la reciprocidad en las necesidades personales y logrando un consenso en el tipo de vínculo grupal y formas de relacionamiento. Estas actitudes favorecen la continuidad de las iglesias sin sacrificio de lo personal, flexibiliza la evolución histórica de la institución, sin paralizar los emergentes que el propio proceso de grupo va planteando. Se procura así un espacio de trabajo pastoral, de espiritualidad en coexistencia equitativa y de continuidad del ministerio evangelizador y profético.

Las rupturas ideológicas que propone la perspectiva de género acercan a las iglesias a las utopías cristianas y a la integración de las congregaciones. Ya se han mencionado los postulados centrales de la teoría de género, que deberían estar enlazados en la interpretación bíblica y la teología. A nivel grupal e institucional, un camino hacia la equidad de género es el empoderamiento de las personas más marginadas dentro de las iglesias, particularmente las mujeres. La palabra empoderamiento se deriva de potenciación o poderío. Es convertir a cada sujeto, mujer u hombre, en agente activo dentro de una situación concreta y es aplicable a las personas que sufren marginalidad por género, raza o edad. En el caso de las mujeres, devolverles el poder sustraído en el ambiente eclesial significa un proceso emancipatorio para ellas, la superación de su situación de subordinación con respecto a los roles desempeñados por los hombres, y la reorganización de las relaciones de poder entre hombres y mujeres.

El empoderamiento de las mujeres, entonces, es una estrategia organizacional que debe ser impulsada institucionalmente, con el fin de generar una transformación estructural dentro de las iglesias. Las iglesias están mayoritariamente asistidas por mujeres y algunas son fuertemente sostenidas por ellas. Sin embargo, el liderazgo de la mujer está ausente de los puestos de decisión y relegados a los puestos de servicio. Las mujeres en las iglesias repiten el rol reproductor que tienen en sus casas.

Para hombres y mujeres, la reorganización eclesial con democracia de género, es un proceso de aprendizaje de vida. El poder compartido que plantea la democracia de género revoluciona las identidades de los hombres y las mujeres. Las nuevas posiciones dentro de la institución eclesial, permiten a hombres y mujeres ubicarse individualmente frente a los rasgos perdidos de su identidad de género. El abuso de poder en unos denota la falta de poder en otras, de manera que el empoderamiento individual es un proceso interrelacional, que al mismo tiempo mueve lo estructural colectivo de la institución eclesial. El empoderamiento y desempoderamiento son las dos caras de un mismo proceso de democratización organizacional. ¿Por qué los hombres deben seguir sirviendo el vino de la Santa Cena y las mujeres el café de las cenas eclesiales no tan santas?

En las mujeres, el proceso de empoderamiento debe conducir las a ganar autoconfianza y a elevar el autoestima. No se trata de recuperar un poder de dominio sobre otros y otras, sino de adquirir el poder para, el poder con y el poder desde dentro. Hay cuatro tipos de poder²: el *poder sobre* como un poder controlador; el *poder para*, que estimula la participación de otras personas; el *poder con*, que tiene una concepción grupal, de solución compartida; y el *poder desde dentro*, que es la habilidad para resistir el poder de otros. Las tres últimas formas de poder no se quedan en lo personal, sino que aumenta el poder total disponible para la institución eclesial. Es un poder que circula, que fluye y no se rigidiza en la jerarquía. Se mencionaba antes cómo las iniciativas instituyentes aumentan las defensas en los líderes y por tanto aumenta el tipo de *poder sobre*. La respuesta a los emergentes de género debería por el contrario liberar el poder colectivo y compartido. Los procesos de empoderamiento democrático en la iglesia son un desafío a la estructura patriarcal y discriminatoria de género. Es un paso en la superación de la violencia simbólica y de la discriminación misógina, como práctica de violencia eclesial.

Entre las estrategias frente a lo instituido y frente a la actitud no-dialógica —y como parte del juego de las fuerzas institucionales—

siguen apareciendo la subversión como medio para el cambio, la resistencia frente a la opresión, la posicionalidad frente a lo mítico, la sustentabilidad del discurso y las acciones, el levantar la voz para lograr la ecofonía entre hombres y mujeres... y a veces, sólo a veces, ponerle un poco de humor a esta trampa cultural e institucional.

Notas

1 Citado por Marta Lamas en “Cuerpo e identidad”, de varias autoras: *Género e Identidad - Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, (Bogotá: Ediciones Uniandes 1995).

2 Según Jo Rowlands, basándose en los estudios sobre el poder de Lukes, Ver “Empoderamiento y las mujeres rurales en Honduras: un modelo para el desarrollo”, en Magdalena León: *Poder y Empoderamiento de las Mujeres*, (Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1997).

Bibliografía

Varios autores: *La institución y las instituciones. Estudios psiconanalíticos*. Buenos Aires: Paidós, 1989.

Lukes, Steven: *El Poder, un enfoque radical*. Madrid: Siglo XXI, 1985.

Lamas, Marta y otras: *Género e Identidad - Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, Bogotá: Ediciones Uniandes, 1995.

León, Magdalena: “Empoderamiento : Relaciones de las Mujeres con el Poder”. En: *Poder y Empoderamiento de las Mujeres*. Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1997.